
CAPITULO X

DE LA MADUREZ

§ I

Del uso del mundo

No hay libro más útil para cualquiera persona, sin duda alguna, que el que se llama ordinariamente *el Libro del mundo*; esto es, el comercio de la sociedad, la diversidad de las costumbres y caracteres, la conducta de la vida, y las diferentes situaciones en que se halla, ya fuesen felices ó infelices; porque la experiencia que se puede tener de todos estos estados opuestos, es el gran maestro que enseña mejor que otro alguno, la manera de cumplir bien las obligaciones que cada individuo contrae con el mundo. Y por medio de las reflexiones que hiciésemos sobre la conducta de otro, y sobre la nuestra, igualmente que sobre nuestros sucesos, ó sobre nuestras desgracias y sus causas, aprenderemos á hacer una buena elección de los medios que debemos practicar para conseguir nuestras empresas. Además de esto, el uso

del mundo nos dice por qué señales podremos reconocer la bondad ó la maldad de los genios, y nos da al mismo tiempo reglas seguras para comportarnos bien con todos igualmente. Por consiguiente, el que supiese este incomparable libro, adquirirá muy fácilmente la madurez de que vamos á hablar aquí.

§ II

De la experiencia que es el fruto de ella

Nadie puede tener más ocasiones ni mejores, para formarse por la lectura y estudio del gran libro del mundo, que un hombre que viajando por los países extranjeros para tratar las negociaciones más importantes, hubiese desempeñado muchas veces las funciones de Embajador; porque ha vivido con tanta variedad de gentes, y en tan distintos pueblos, que se ha de haber hallado precisamente en las más críticas circunstancias, en las cuales habrá tratado los negocios arduos, tanto con buen suceso, como con desgracia ó sin fruto. Por lo que, cuando consideramos al Hombre de Estado como vuelto de sus Embajadas, no sabremos suponer en él otro mérito mayor que el de la madurez, por ser ésta la ciencia que enseña el libro del mundo, á quien ha tenido proporción de leerlo y estudiarlo. La madurez es una calidad sublime, admirable y esencial en los Ministros políticos, como esperamos hacerlo ver más adelante. Por lo que vamos á declarar en qué consiste dicha madurez, y de dónde proviene; y después trataremos de la importancia y necesidad de hacer un uso conveniente de ella.

§ III

Qué cosa sea la madurez

Es fácil comprender la significación de la palabra *madurez*, por poco que atendamos á las calidades del sugeto á quien se la atribuya. Decimos de un fruto que está *maduro*, luego que ha llegado á su más alto punto de sabor y no puede aumentar más su bondad; lo cual se verifica cuando su semilla se encuentra en estado de producir otros frutos de la misma especie, después que cada una de las partes del fruto hubiese recibido una perfecta conformación. Y del mismo modo se ha de discurrir del hombre, abstrayendo lo material de él, esto es, las calidades corporeas, ó considerando solamente lo formal, que es su alma ó espíritu. Así que decimos que es maduro un espíritu, cuando es capaz de practicar las acciones que se pudiesen aplicar exactamente al negocio que hubiese sido propuesto, y son propias para producir el efecto para el cual las practica.

§ IV

Distinción entre la prudencia y la madurez

Aquí viene bien distinguir la madurez de la prudencia: ésta excita la madurez, haciendo circunspecto al hombre en sus acciones, por cuanto previendo él confusamente desde lejos lo que puede ser ventajoso ó perjudicial, la madurez le hace practicar exactamente los medios convenientes, tanto para obtener lo uno, como para olvidar lo otro. Y así es preciso confesar, que la madurez es un bien cuyo precio es superior al de la pru-

dencia; pero es menester añadir, que no produciría nada ésta sin el auxilio de la otra: porque la prudencia es quien dispone y prepara también estos medios, cuyo uso determina la madurez precisamente; en una palabra, la prudencia hace el descubrimiento de los medios y los ordena simplemente sin elección; y la madurez señala el verdadero uso que debe hacerse de ellos, extendiendo sus miras, no sólo sobre los casos presentes ó próximos, sino también sobre los más remotos.

§ V

Calidades cuyo conjunto constituye la madurez. La penetración

Por lo que la madurez no es otra cosa que aquella operación del entendimiento, que descubre los verdaderos remedios aplicables á los males reales, y los mejores medios para conseguir los verdaderos bienes. Esta operación pende de las diferentes calidades del entendimiento; y de su unión resulta indispensablemente en el hombre la madurez de que tratamos.

La primera de estas calidades, según nuestro modo de pensar, consiste en una penetración elevada, por decirlo así, al más alto grado; de la cual hemos hablado en el Capítulo XIX de la primera parte. Ella conduce al entendimiento al descubrimiento de la esencia interna de las cosas, conoce la naturaleza de los negocios que ha de tratar, ve sus causas, sondea sus principios, abraza sus relaciones, sus efectos, sus fines, igualmente que los caminos que pueden conducirle á ellos; previene los obstáculos, resuelve todas las dificultades que pudiesen

oponerse, y lo prevee todo, lo remedia todo, y lo ordena todo.

§ VI

Un razonamiento justo

Sin embargo, esta misma penetración tan universal y como abstraída, no bastaría para producir la madurez, si no fuese ella aplicada al caso sobre el cual se tratase de formar un juicio bien maduro: por lo que es preciso que esté auxiliada de otra calidad del entendimiento; la cual es el perfecto conocimiento de la Lógica. Por medio del arte del raciocinio, cuyos preceptos prescribe esta ciencia, se aplica la penetración al negocio de que se tratase, y se deduce lo que se debe establecer, del modo que hemos expuesto para la formación de las máximas. El conocimiento de la Lógica debe ser llevado, lo mismo que la penetración, al más alto grado que fuese posible; porque para discernir el fondo de un negocio, y cortar la elección de los medios propios para su consecución (efecto natural de la madurez), se necesita algo más que una mediana penetración y un conocimiento mediano de la Lógica; y la razón es, porque la verdad se halla disfrazada regularmente bajo de mil apariencias, ó confundida por los diferentes modos de concebir las cosas, según fuesen los genios más ó menos orados, tímidos, interesados, generosos, dulces ó violentos.

§ VII

De algunas otras calidades necesarias para adquirir la madurez

Hay otras calidades cuyo concurso es necesario para adquirir la madurez. Por muy perfectas que fuesen en el hombre la penetración y la ciencia Lógica, jamás le asegurarán con certidumbre la verdadera noción de un hecho, ni el suceso de los medios empleados en su discusión. No teniendo nosotros ningún imperio sobre los accidentes, no podemos contar con lo que dependa de la voluntad ó del capricho de otro. Y á la verdad, de aquí ha de resultar precisamente que estas otras calidades de que estamos hablando, no podrían procurarnos la deseada certeza, si no pudiesen hacer nada la penetración y la Lógica; sin embargo, los auxilios multiplicados no dejarán de añadir algunos grados más á la probabilidad; de manera que tendremos una certeza moral de las cosas, cuando menos, porque los hombres no mudan el método en la conducta ordinaria, sin el influjo de alguna cosa determinada que haga doblar su voluntad, la cual sigue voluntariamente su pérdida natural, por fácil que le sea tomar otro partido. Se sabe, por ejemplo, que el dolor nos hace sinceros, y que el temor nos inspira la reserva, y la ocasión que nos gusta nos convida á aprovecharnos de ella.

§ VIII

La disimulación

Por lo que no conviene despreciar nada, y podemos decir que la disimulación puede servir mucho, entre

otros medios, para adquirir la madurez. La disimulación es una calidad del espíritu que le hace aparentar ignorancia de lo que sabe bien. Y esta disposición puede producir la madurez por muchas razones. Primeramente, porque deja tiempo al espíritu para informarse mejor en el negocio que se tratase, y cuando se tuviese por bastante instruido, sería tanto más difícil buscar nuevas luces, porque se persuadiría más de que le serían inútiles. Por lo que, disimulando los conocimientos que tiene, los aumenta, y se facilita los medios de fomentar una resolución perfectamente maduras. En segundo lugar, un espíritu que sabe disimular, da tiempo á los negocios de tomar el semblante que les fuese natural, y por este medio los va disponiendo de manera que puedan producir sus propios efectos; lo cual le pondrá también en estado de poder aplicar los remedios convenientes que él preparase desde lejos, y entonces lo aplicará con mucho más suceso que antes. Y no hay que temer los malos resultados á que se expone al principio, cuando se ve menos claro el asunto; y en un negocio adelantado se puede estar moralmente seguro del suceso y será más eficaz el remedio.

§ IX

Ejemplo

Si porque se viese que un Soberano hacía alianza con otro, se le quisiese declarar la guerra inmediatamente, aunque todo lo pudiese dar de sí una alianza semejante, y fuese temible realmente, sin embargo, sería ésta una resolución hecha sin madurez, porque por falta de

haber disimulado, no hubiera habido tiempo para observar los motivos, ni el verdadero fin de una alianza que hubiese infundido sospecha. Para deliberar maduramente, es menester esperar los progresos de la Liga, y dejar que tomen bastante consistencia las sospechas, para formar un verdadero fundamento de rompimiento; porque de otro modo es exponerse á unas empresas difíciles, injustas y peligrosas.

§ X

Otro efecto de la disimulación

La disimulación sirve también para aparentar que se resiente poco, ó más bien, para ostentar que se ignoran los pequeños daños que se hubiesen recibido de parte de cualquier Soberano; por medio de lo cual el Estado no muestra debilidad por no pedir la reparación, ni se expone á los perjuicios más considerables de que podría parecer que era causa. De donde es fácil de inferir el valor de la madurez en las resoluciones; y cuán propias se hacen éstas, por medio de ella, al asunto á que se debiesen aplicar.

§ XI

El disfraz legítimo

El disfraz es todavía otra calidad capaz de concurrir á producir la madurez. Por la palabra disfraz entendemos el artificio que se sabe tomar para hacer ver todo lo contrario de lo que se quería hacer: artificio loable y

excelente en algunos casos, pero pernicioso y detestable en otros; ciencia demasiado común en el mundo, de la cual se abusa comúnmente, como nos lo atestigua la Historia de todos los tiempos, especialmente la del Reinado de Tiberio, y como lo estamos acreditando nosotros mismos cada día. Pero como quiera que fuese, es razonable el disfraz cuando se hace uso de él para conseguir algunos fines legítimos, y cuando parece tan indispensable que sería inútil otro cualquier medio que se emplease. La madurez es entonces el fruto de este feliz engaño, porque cubriendo nuestros verdaderos designios, el disfraz nos da el medio de mudarlas ó de seguir las, según lo exigiese la coyuntura, ó según lo pida la esperanza de algunas ilustraciones sobre la naturaleza y las circunstancias de los mismos designios.

§ XII

Una honesta desconfianza

Pero nunca conviene esperar que llegue el mal para procurar el remedio, sino que antes bien es preciso preverlo, y precaverse contra cualquier suceso; es menester agregar la desconfianza á las calidades que hemos indicado arriba; porque aunque de ordinario suele ser un vicio de los temperamentos tímidos, es una excelente virtud en las almas valerosas, la cual produce en ellas aquella previsión que da lugar á la prudencia, principio y fundamento incontestable de la madurez.

§ XIII

Ejemplo

De este carácter era Enrique VII, Rey de Inglaterra: firme, intrépido, constante, y al mismo tiempo estaba lleno de una sabia desconfianza que no permitía se le escapase nada de cuanto se pudiera tramar contra él, que no lo previese; porque la sospecha hace abrir los ojos del entendimiento, le excita á investigación, conduce las informaciones con prudencia y secreto, y enseña la práctica de la disimulación y la del disfraz, según lo exigiese el caso,

§ XIV

La experiencia

La experiencia parece también un buen medio para adquirir la madurez; porque poniéndonos patentes los sucesos pasados, nos muestra con poca diferencia la senda de las cosas presentes. La experiencia ofrece al entendimiento en cualquier negocio, la justa idea de su término, y allana los caminos para aplicar las resoluciones que fuesen propias, según el semblante que tomase: lo cual se llama obrar maduramente.

§ XV

El secreto

El secreto es también un principio de la madurez. Este es quien hace observar un profundo silencio sobre

las más pequeñas circunstancias de un negocio, por temor de dar ocasión á la menor declaración de lo que debiese estar oculto, cuya publicidad podría acarrear algún perjuicio al Estado, por pequeño que fuese. Pero si el secreto es una condición necesaria en un Ministro, forma al mismo tiempo la parte esencial de su más estrecha obligación. Porque del secreto pende el suceso de las negociaciones, y el sugeto que sabe guardarlo se ve hecho siempre un glorioso depositario de las más internas comunicaciones: ventaja que le facilita los mayores progresos en el verdadero conocimiento de los negocios en general; ¿y qué otra cosa hay que pueda ser más favorable para formar las resoluciones maduras?

§ XVI

El conocimiento de si mismo

Con este motivo, el conocimiento de nosotros mismos, respecto de los demás, nos servirá de algún auxilio; por cuanto nos hace ver si está de nuestra parte la superioridad en ciencia y habilidad, ó de la de ellos. Este descubrimiento nos decide la conducta que hemos de tener con ellos y el aprecio que debemos hacer de su mérito; porque vemos con bastante frecuencia, que un hombre de un talento limitado juzga muy ventajosamente del otro, con lo cual da á entender que ha hallado más excelencia en los designios y operaciones ajenas, de la que tienen; y suponiendo importunamente en sus razones ó en sus objeciones, algunas sutilezas ó dificultades que no cabe temer, renuncia al honor de oponerlas su conducta, y por consiguiente, á la esperanza de

conseguir sus fines. Y al contrario, el presuntuoso se lisonjea de que nadie le iguala en sabiduría ni en perspicacia, y apenas hav uno que no lo engañe.

§ XVII

La edad

Ultimamente, la avanzada edad es otro fundamento de la madurez. Los jóvenes penetran verdaderamente toda la esencia de un negocio, pero no sabrán dirigirlo, ni menos hallar los medios para conseguir su fin; ó si se pusiesen ellos á buscarlos se conducirían malísimamente; aplicando, sin elección, los más grandes remedios á los desórdenes más despreciables, por un efecto de calor de su temperamento, como lo dijimos hablando de la edad conveniente al Hombre de Estado. Esta extremada vivacidad los lleva al término de un negocio, antes de haber puesto los medios, ó bien les hace ella emplear tantos de una vez, que no pueden reunirlos ni hacerlos concurrir á un mismo efecto, Y al contrario, un anciano respetable, hallándose libre de este fuego que sabe él animó su juventud en otros tiempos, no tiene nada que le impida hacer las observaciones más exactas, ni el comparar los medios que eligiese con el término á que se dirigiera: conducta que no puede menos de producir unas resoluciones llenas de madurez.

§ XVIII

El conocimiento de la Moral

Concluyamos: la adquisición de esta eminente calidad, pende igualmente del conocimiento de la buena Moral, la cual contiene en sí la noción de los sucesos futuros, en cuanto penden ellos de la voluntad de los hombres; por lo que dijo Aristóteles: *juvens non esse idoneos Moralis Philosophiae Auditores*. Pero si es cierto que los jóvenes no pueden poseer perfectamente la ciencia de la Moral, se puede decir también que no son aptos para conseguir la madurez, aunque no deje de haber alguno que piense maduramente; empero este fenómeno es muy raro; y es más fácil engañarse suponiendo madurez en un joven, que atribuyéndole una cabeza blanca ó calva.

Estas son, á nuestro modo de pensar, las fuentes principales de donde dimana la madurez; las cuales sirven al mismo tiempo para adquirirla. Resta saber las razones que la hacen necesaria á la mayor parte de los Ministros de Estado.

§ XIX

A qué Ministros les es indispensable y necesaria la madurez

No debemos creer que todos ellos deben estar dotados de esta calidad: ella es útil á todos, pero no lo es especialmente sino para los Jefes del Consejo, si se me permite hablar así; es necesaria para formar las resoluciones y los decretos; más no lo es absolutamente para la investigación de los medios y para la disposición y uso

de ellos. Si todos los Ministros del Gabinete estuviesen dotados de madurez, las partes esenciales de la investigación, de la disposición y de la relación, serían tal vez despreciadas, ¿y sin estos andamios, cómo se había de poder levantar el edificio de una buena administración? En efecto, sin la preparación de los medios, ¿qué uso se podría hacer de la madurez? ¿Y sin la disposición preliminar á su ejecución, de qué serviría ella? Por este motivo, en el capítulo donde hemos tratado de la edad de los Ministros, hemos admitido algún joven en el Gabinete, para que sirviese como de fomento en el manejo de los negocios que se tratasen, y aplicase por su parte en la ejecución, la actividad que es natural á la juventud. Basta que tengan prudencia los pocos Ministros jóvenes que hubiese, pero la madurez es una calidad indispensable en los más ancianos, por las razones que exponremos luego.

§ XX

A los Ministros ancianos

No hay duda de que cada operación del Gobierno debe tener por objeto el bien del Estado y el de los pueblos; pero este fin no se puede lograr sino por los medios convenientes, y no se podrá hacer uso de ellos sin conocer á fondo su naturaleza y su precio. Ni es posible llegar á procurar el bien del Estado, si no se sabe perfectamente en qué consiste este bien; si no se reconoce por qué vicio de la constitución del Estado carece de lo que debía contribuir á su felicidad; si no se descubre la esencia y calidad de los remedios que se debiesen apli-

car, y si no se hace la verdadera elección de ellos, igualmente que del modo y tiempo propios para su aplicación. Luego todos estos conocimientos constituyen la esencia de la madurez, como se ha demostrado al principio; por tanto, es indispensable y necesaria á la mayor parte de los Ministros de Estado.

—)ooo(—

CAPITULO XI

DE LA FORMACIÓN DE LAS MÁXIMAS DE ESTADO POR UN HOMBRE MADURO

§ I

Dos errores en la formación de las máximas de Estado

Después de haber tratado largamente la materia de las máximas de Estado, no nos falta más que repetir aquí, en compendio, algunas proposiciones de las que hemos discutido para hacer ver de qué modo forma estas máximas un hombre maduro. Y no será inútil volver á tocar otra vez este asunto, por cuanto hemos notado dos vicios, en que se puede caer fácilmente, cuando se forman las máximas de la manera que hemos expuesto antes; los cuales errores no pueden ser corregidos por otro medio que por los cuidados de la madurez.